



JUAN
CARLOS
AYUSO

CV/DH

CON VARA DE HIERRO

© JUAN CARLOS AYUSO 2017. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL POR CUALQUIER MEDIO, DE LA PRESENTE OBRA,
AUN CITANDO LA PROCEDENCIA.

ÍNDICE

Le Bourget	11
Estelas en el cielo	41
La casa de Isla Cristina	55
La mujer de la cabeza vendada	91
Un trabajo único, singular	103
Elegidos para divulgar	113
La peor pesadilla	157
En el centro del círculo	185
Un descuido imperdonable	199
El Manifiesto XXI	213
Es el momento	237
Valor para el amor	247
Realidad virtual	255
El falso profeta	277
La tierra se mueve	291
Un microchip obligatorio	325
Con vara de hierro	339

PREFACIO

La realidad en ocasiones, se despliega ante nuestros ojos de una forma tan abruptamente dolorosa que es difícil aceptarla.

Es más sencillo etiquetarla en nuestra mente como algo imaginario o inexistente y relegarla al mundo de la fantasía, cuando no, del olvido.

Este libro narra una historia fantástica.

Se entrecruzan en ella las vidas de varios personajes, unos reales, otros imaginarios, para dar forma a un relato en el que coexisten ficción literaria y realidad aumentada. A través de ella, la obra nos abre los ojos a nuevas líneas de conocimiento, algunas inverosímiles, pero todas enriquecedoras.

El lector deberá esforzarse para determinar, cuándo está ante una situación de realidad aumentada, documentada y real, y cuándo, ante una imaginaria, sin perder de vista en ningún momento, que la realidad siempre, es muy superior a la ficción.

AGRADECIMIENTOS / DEDICATORIA

*Con agradecimiento a mis padres Miguel y Ada
y a mis hermanos Ada, Miguel y Tete.
Sus enseñanzas en valores, hábitos y sentimientos,
me han traído hasta aquí.*

*Dedicado a Cani, Carlos y Cris.
Por vuestra paciencia y comprensión.*

Le Bourget

“Cuando Jesús descendió sobre la tierra y fue la tierra regada con su Sangre, la potencia infernal disminuyó considerablemente, y sus manifestaciones se hicieron más tímidas...”

—Cuando termines este párrafo, cuartilla en limpio.

La voz de Ana Catalina era débil pero firme. Su cara demacrada irradiaba energía, una extraña mezcla de serenidad y compasión infinita.

De repente, se detuvo. Llevó su mano derecha a la cabeza y la echó hacia atrás con los ojos entornados, tratando de colocar la venda que cada mañana, con admirable ternura, sor Constanza limpiaba y cambiaba.

Una vez aliviada la presión que ejercía el apósito, suspiró con delicadeza y sin llegar a abrir los ojos, bajó su mano lentamente con la palma abierta hacia Clemente. Su gesto parecía indicar que no hiciera preguntas..., que no interrumpiera en ese momento.

Estaba realmente cansada. Clemente lo había notado pero al ver el gesto de ella, no se había atrevido a pedirle que hiciera una pausa. En su lugar, trataba de atisbar en el rostro de la monja, indicios de desazón. Los frecuentes e intensos dolores de cabeza de Ana Catalina, eran para Clemente una muestra viva de su fe y entereza. Jamás se quejaba.

Cuando alguna vez al apreciar signos de sufrimiento le había preguntado por su estado de salud, Ana Catalina se había limitado a sonreír.

En una ocasión, casi en secreto, al ver la reacción de sorpresa del secretario ante su respuesta, la religiosa le confió que su primera Biblia había sido la enseñanza de su madre con la oración, —“Señor, como Tú quieras, no como yo quiera; golpéame lo que quieras, pero dame paciencia”.

—Tenemos que seguir escribiendo, —dijo con la voz entrecortada por un suave carraspeo.

—Claro, —respondió Clemente.

—Lo que te acabo de dictar, cambia a partir de este momento. Necesito que abras un capítulo nuevo que se llame, **“La Reconstrucción de la Iglesia”**.

La monja levantó su mirada al techo de la habitación como para coger fuerzas...

Pequeños desconchones en la, en otro tiempo blanca pintura, evidenciaban el deterioro de su celda. Una sencilla cama, una pequeña mesita de madera de castaño, una silla con el asiento tapizado y ajado junto a un crucifijo, eran todo el mobiliario de la estancia. Un reducido ventanuco, dejaba entrar una bonita luz natural a aquella hora del sábado.

Tras dudar un momento, como si estuviera ordenando datos en su cabeza, la religiosa reanudó el dictado.

—Escribe, —ordenó: **“Entonces vi reconstruir la Iglesia muy rápidamente y con más magnificencia que nunca.”**

”Vi una mujer llena de majestad avanzar en la gran plaza que está ante la Iglesia. Ella mantenía su amplio manto sobre los dos brazos y se elevaba suavemente en el aire. Se posó sobre el domo y extendió sobre toda la extensión de la Iglesia su manto que parecía irradiar oro. Los demolidores se habían tomado un momento de reposo, pero, cuando quisieron volver al trabajo, les fue absolutamente imposible acercarse al espacio cubierto por el manto...”

Hizo una pausa y miró a Clemente. Este levantó las cejas, frunció los labios y señaló al tintero. Estaba sin tinta. Llevaba escribiendo más de dos horas.

Hacía rato que las campanadas del Ayuntamiento de Dülmen habían dado las doce del mediodía.

Se levantó de la silla, cogió el recipiente de la mesita y salió de la habitación.

Las horas que pasaba escribiendo junto a la cama de Ana Catalina y la velocidad con que, en ocasiones, dictaba ésta, le provocaban frecuentes dolores en su mano que combatía con friegas de alcohol de romero.

En menos de un minuto regresó de nuevo, con el tintero a rebosar.

—Prosigamos, —dijo ella,

“...después vi, a lo lejos, acercarse grandes cohortes, ordenadas en círculo alrededor de la iglesia, unas sobre la tierra, otras en el cielo. La primera se componía de hombres y mujeres jóvenes, la segunda de personas casadas de toda condición entre los cuales reyes y reinas, la tercera de religiosos, la cuarta de gentes de guerra. Ante ellos vi a un hombre montado sobre un caballo blanco. La última tropa estaba compuesta de burgueses y de paisanos de los cuales muchos estaban marcados en la frente con una cruz roja...”

Cerró lo ojos y se quedó dormida...

Por las noches, Clemente leía y releía todo lo que le había sido dictado durante la mañana.

A veces, cuando le resultaba difícil entender su propia letra, pasaba a limpio sus anotaciones. Para ello ponía el mayor esmero, pues si cambiaba una sola palabra, Ana Catalina era capaz de detectarlo, como le había asombrado en dos coyunturas en las que le había increpado con dureza.

Su admiración por ella se acrecentaba cada día. Estaba convencido de que una persona de cuna humilde, que a duras penas había aprendido a leer y a escribir, y que casi hasta que ingresó en el convento, no había visto un libro de cerca, era incapaz de inventarse esas historias tan intensamente reales. Sabía que muchas de sus hermanas en la congregación, estaban convencidas de que sus éxtasis eran prueba indudable de facultades sobrenaturales.

Casi a diario, recordaba cómo había sido su primer encuentro con ella en 1818, durante las investigaciones eclesiásticas.

—“Eres Clemente Brentano y has sido enviado a mí por inspiración divina. Vas a ayudarme a transmitir a los hombres, unas revelaciones que serán de gran provecho”.

La expresión de Ana Catalina dejó mudos a Clemente y a sus dos acompañantes. Solo cuando salieron, se atrevieron a preguntarse si alguien había anticipado a la monja, el nombre o el día de su visita...

Nadie lo había hecho.

“...ante ellos vi a un hombre montado sobre un caballo blanco. La última tropa estaba compuesta de burgueses y de paisanos de los cuales muchos estaban marcados en la frente con una cruz roja...”

Aquella frase, intensificó la peculiar sensación de Hernán.

Era difícil de describir pero si de algo estaba seguro, era de que eso no le había pasado antes. Las Visiones y Revelaciones de Ana Catalina Emmerick, redactadas hacía casi dos siglos, aparecían ante sus ojos como algo contemporáneo. Algo que sucedía, o iba a suceder, en este preciso instante.

Una ligera turbulencia sacudió a los pasajeros.

Cerró el libro, desorbitó los ojos y suspiró. Todavía quedaban 15 minutos para el aeropuerto de Orly. Cecilia le miraba con gesto de incredulidad.

—Desde que hemos despegado de Madrid, no has apartado la vista del libro. ¡Ni un segundo! —exclamó.

—Perdona, a lo mejor habrías preferido que viniésemos charlando...

—No, no lo digo por eso. Es que te veo y da la sensación de que la lectura te saca del avión. Es como si no estuvieras aquí...

Hernán levantó las cejas y sonrió con gesto de extrañeza. —¿Cómo?

—Fíjate, muchas veces ves leer a una persona y notas si le interesa la lectura, o si está pensando en sus cosas con un libro delante... Hay una diferencia. Sin embargo, tú has empezado a leer y era muy distinto. Parecía que la lectura te embelesaba tanto... que te absorbía. En sentido literal. Que te absorbe ¡y te vas.! Es como si tu asiento, hubiese estado vacío desde que salimos...

—¡Vaya! Nunca me habían dicho eso, y fíjate que me gusta leer... —bromeó Hernán.

—Por otro lado, es curioso lo que comentas, porque con este libro tengo una impresión distinta. Me causa un efecto que no había sentido antes.

El asentimiento de cabeza y la expresión de cara de Cecilia, eran señales de que necesitaba explicarse mejor.

—Es..., es..., una sensación que me hace percibirlo fuera de su tiempo... Como si lo que describe, que ocurrió hace siglos, estuviera sucediendo ahora mismo.

—Bueno, supongo que el autor narrará los hechos de forma interesante...

—No, es algo más que eso.

—Con respecto a lo que apuntas, es curioso. El libro está escrito por Clemente Brentano, escritor alemán que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX, con obra en prosa y en verso...

—¡Ahí lo tienes! —Cecilia levantó las palmas de sus manos al tiempo que pronunciaba estas palabras, dando a entender que la respuesta era tan evidente, que estaba ante sus ojos.

Hernán negó con un gesto de cabeza y prosiguió.

—En realidad, —enfaticó, —él no es el autor del libro. Brentano se convirtió en el secretario personal de la beata Ana Catalina Emmerick, también alemana. Vamos, que Ana Catalina hablaba y Brentano escribía al dictado...

—Si no recuerdo mal, estuvo postrada en cama diez años durante los cuales solo tomaba agua y la comunión a diario...

El gesto de escepticismo de Cecilia, no pasó desapercibido para Hernán.

—Comprendo que para ti que no eres creyente esto no signifique mucho, sin embargo he de decirte que en su época, la Iglesia la investigó a fondo. No les cuadraba que una mística pudiera mantenerse viva, sin ingerir alimentos. En ocasiones estuvo confinada varios días seguidos, observada de cerca por científicos —Hernán entrecomilló con sus dedos —los cuales llegaron a la conclusión de que efectivamente, ¡vivía del aire!

La voz de la azafata, puso fin a la conversación.

Estaban a punto de aterrizar. Ajustaron sus cinturones de seguridad, y pusieron sus respaldos en posición vertical.

El avión viró lentamente y comenzó a descender. Hernán señaló con el índice a la ventanilla. —Mira.

Cecilia observó unas estelas blancas finas y alargadas, con aspecto de nubes, que contrastaban con el intenso azul parisino.

Hernán bajó la voz, —¿qué te parece?

—Nubes, ¿no? —respondió sorprendida.

—Ya veremos qué espectáculo nos ofrecen, los cielos de Le Bourget durante estos días... —sentenció con aire misterioso.

—Cambiano de tema, en otro momento te daré detalles de por qué este libro es interesante y cómo lo relaciono con toda mi investigación.

—Vale, —asintió Cecilia mostrando interés.

La pesada mochila con el equipo fotográfico puesta en bandolera, era manejada con soltura por la fotógrafa, mientras se desplazaba por el pasillo del avión.

Cuando se encontraba próxima a la sonriente azafata que despedía al pasaje, sintió la mano de Hernán sujetando su codo.

Al girarse, éste se acercó y con voz queda dijo... —¿Has visto a la monja?

—¿Qué monja?

—La que viene detrás de nosotros —susurró.

Cecilia se detuvo. Se apartó a un lado, para dejar salir al resto de pasajeros, y observó.

—No hay ninguna monja Hernán...

—¿Cómo?

El avión se vaciaba. Los viajeros salían ordenadamente por las salidas laterales.

—¡Venía justo detrás! ¡Tenías que haber visto cómo me miró! —exclamó mostrándose contrariado.

—Hernán..., a lo mejor te has sugestionado con el libro, has visto a una señora de negro... y eso ha sido todo.

La azafata les miraba pero ya no sonreía. Trataba de disimular la molestia que le ocasionaban dos pasajeros rezagados en el avión, ¡justo en el momento en que estaba deseando quitarse los zapatos!

Hernán se encaminó con paso firme hacia ella.

—Perdone, ¿ha visto usted a la monja?, tal vez ha bajado del avión por la otra salida.

El gesto de extrañeza de la azafata desconcertó a Hernán.

Al observarlo, reformuló la pregunta chapurreando un francés macarrónico.

—Perdón, le había entendido la primera vez. —le cortó la azafata.

Aunque su acento francés delataba su origen, se expresaba en un perfecto español.

—No he visto a ninguna monja, señor.

—Se refiere a que no la ha visto salir, ...pero venía en el avión... —objetó Hernán dejando flotar las últimas palabras.

—No caballero, el servicio de a bordo lo hemos dado el sobrecargo y yo. No recuerdo haber visto a ninguna monja.

—Es imposible, tal vez se esté confundiendo —afirmó Hernán con rotundidad.

—Disculpe pero tienen que bajar del avión ¡ya!

Le Bourget quedaba a poco menos de una hora en coche desde Orly. Los años impares en los que se celebraba el Paris Air Show, la revista Al Vuelo mandaba un equipo a cubrir la información.

Este año habían tenido suerte. Su hotel estaba en Saint Denis, al norte de París y a pocos kilómetros de Le Bourget.

La enorme afluencia registrada por la feria aérea internacional, les había desplazado en años anteriores a pueblos bastante apartados, en los que habían conseguido una plaza hotelera en el último momento.

Hernán era todo un veterano.

En los siete años que llevaba trabajando para la revista, había acudido tres veces al magno evento.

La primera, como redactor. Las siguientes, como redactor jefe.

—¿Conduces tú o conduzco yo? —el tintineo de las llaves del Renault Twingo en la mano de Hernán, invitaban a Cecilia a tomar una decisión rápida.

—Prefiero que conduzcas tú, no nos vayamos a perder... ¡Menudo cochazo nos han alquilado!

—No te quejes, el primer año que vine la editorial se estiró muy poco. Tuvimos que movernos con bono de autobuses y un taxi que cogimos un día. Claro que cuando volvimos y vieron lo poquito que había cundido el reportaje, se lo plantearon mejor para la siguiente edición.

—¿Van a ser tus primeras fotos de aviones? —preguntó Hernán, mientras recogía la tarjeta de salida del parking.

—No. Cuando estaba en la facultad, tuve que hacer un trabajo sobre medios de transporte y me fui a Barajas a fotografiar aviones. —Sonrió. —No me dejaban acceder a la pista, así que me colé en un descuido... e hice varias. Cuando me vieron, casi acabo en el cuartelillo de la Guardia Civil pero el trabajo me salió bordado.

—¿Cuánto tiempo llevas en la editorial... Un año?

—En septiembre de éste hará dos.

—Caramba, cómo pasa el tiempo.

—En realidad, a mí lo que me gusta es escribir... —confesó Cecilia, como una niña pequeña que declara su pasión por los helados, —pero ya sabes, estaban buscando un fotógrafo todoterreno y tuve que hacer uso de mis habilidades ocultas —dijo con simpático gesto de complicidad.

—Bueno, —respondió Hernán, —antes o después, todos tenemos que hacer uso de nuestras habilidades ocultas —dijo, mientras exageraba un guiño.

—¿No te referirás a ver monjas verdad? —y soltó una contagiosa carcajada.

—Vale, no me crees...

—Sí, solo que... ¡no había nadie! La azafata te lo ha dicho.

—Bueno, da igual —zanjó Hernán contrariado.

Cecilia trató de aliviar la tensión del momento.

—¿Por qué no me cuentas ahora, qué tiene de especial el libro que estás leyendo?

—Si insistes... —dijo Hernán bromeando.

—¿Has leído alguna vez la Biblia?

La pregunta sorprendió a la fotógrafa.

—No digo de pequeña, sino desde que eres una mujer adulta...

—Hernán, yo soy agnóstica y como todo buen agnóstico, tengo mis dudas. Pero respondiendo a tu pregunta, sí, alguna vez he leído algo en internet.

—La fe es un don, y supongo que si no la tienes, muchas cosas pueden parecer insignificantes a tus ojos.

Al no advertir emoción alguna en la fotógrafa, prosiguió.

—Te he preguntado lo de la Biblia, porque a veces leo pasajes. Lo que más me alucina, es que parece que está escrita ¡ayer! Transmite enseñanzas plenamente vigentes. Pues bien, con este libro me pasa lo mismo pero con una diferencia...

—¿Cuál? —preguntó Cecilia interesada.

—Es difícil de explicar. Es semejante a una sensación mental. Vas a pensar que estoy loco, pero cuando lo leo es como si viera una película...

Se detuvo un momento.

—Es cierto, que todos los libros tienen la capacidad de hacernos imaginar cosas, pero con éste, parece que lo viese de verdad. Además, tengo la impresión de que es una película que sucede ahora. Por definirlo mejor. Es como ¡ver un telediario!

—No sé Hernán... ¡me cuesta! ¿eh? Por lo que dices, parece la vida de una santurróna. Ya sabes que respeto tu fe pero, un libro es un libro..., por muy interesante que pueda llegar a ser. Por otro lado, ¡a lo mejor tienes que ir al programa de los misterios de la tele a contar tu caso! —prorrumpió a reír.

—No, Cecilia. No es la vida de una santurróna. Es algo más. Ana Catalina no siempre fue mirada con buenos ojos por la Iglesia, y como ya te he dicho, fue investigada por sus continuos éxtasis, por los estigmas de Cristo que desarrolló y por permanecer varios años, postrada en cama sin tomar alimento. Sin embargo, Juan Pablo II la declaró Beata...

Su obra está plagada de detalles, que evidentemente puedes creerlos o no, pero a modo de ejemplo te diré que a partir de las visiones descritas en un libro suyo sobre la vida de la Virgen María, algunos arqueólogos identificaron los restos de la casa en la que vivió, en Éfeso.

Curioso ¿verdad?

—Sí —afirmó Cecilia con expresión divertida...

El Renault Twingo se movía con soltura.

Parecía hecho a medida de las carreteras francesas.

Lo que más les costó fue atravesar París de sur a norte, aquel jueves dieciséis de junio. Las vacaciones de verano no habían comenzado aún y había un tráfico descomunal.

Era como si toda Francia se hubiese congregado en París.

Le Bourget esperaba.

Luego, ya se registrarían en el hotel.

Unos ojos casi en blanco delataban su éxtasis.

Ana Catalina en ocasiones, dictaba a Clemente en ese estado.

Cuando lo hacía, él no tenía tiempo para pensar, solo para escribir. Se sentía privilegiado por Dios. ¿Cómo una persona como él, decidido en su juventud a no ser oprimido por la moral, la ley o la religión, había sido elegido para tan elevada tarea?

En Alemania había escritores como Johann Gottfried Herder o incluso el mismo Goethe, que tenían más talento.

Tal vez, algo que siempre había sorprendido a los suyos, esa gran capacidad de improvisación que aprovechaba para dar forma a algunos pensamientos transmitidos por Ana Catalina había sido clave, pero..., ¿quién lo sabía?

Con frecuencia, se acordaba de su infancia: ¡le encantaba ver a su abuela Sophie, sentada en el escritorio, escribiendo alguna de sus novelas!

Cómo preparaba la escribanía, su peculiar forma de alisar las cuartillas, la manera de sujetar la pluma y con un gracioso gesto, introducirla en el tintero antes de escribir la primera línea. Imágenes que evocaban en su interior sentimientos de paz y nostalgia, y sin duda, habían orientado su afición a la escritura y a la poesía desde muy joven. Tan diferentes a los de su etapa en la Universidad de Halle-Wittenberg, donde inició unos estudios de Derecho que jamás concluyó. Lo único que recordaba provechoso de aquellos años, había sido conocer a Carl Joachim von Amim, gran amigo y ahora cuñado. ¡Qué curioso era el destino de algunas personas!

El sonido de la campanilla del refectorio, le avisó con su eco de la hora de la cena.

Antes de salir de la celda, se propuso dejar terminadas las notas de la mañana. Solo faltaba un párrafo.

—A ver —dijo en voz alta, —y con aire resuelto se dio a la lectura del mismo.

“...Veo planear sobre ciertos lugares y ciertas ciudades, apariciones espantosas que les amenazan con grandes peligros o incluso con una destrucción total. Veo tal lugar derrumbarse de alguna manera en la noche: en otro, veo la sangre correr a ríos en las batallas libradas en el aire, en las nubes.

Y estos peligros, estos castigos, no los veo como cosas aisladas, sino que los veo como consecuencias de lo que pasa en otros lugares donde el pecado estalla en violencias y en combates encarnizados, y veo el pecado devenir la vara que golpea a los culpables...”

Lo veía. ¿Qué le sucedía?, ¿se estaba volviendo paranoico?, o peor aún, ¿estaría desarrollando algún tipo de enfermedad mental? No podía ser que cada vez que cogiera ese libro, sus páginas se mostraran tan vívidas ante él.

Ahora mismo debía hacer una prueba. Tal vez otro libro. En su escueto equipaje solo llevaba éste. Al fin y al cabo, iban a ser tres días en Le Bourget...

—¿Sííí? —por la voz, Cecilia parecía dormida.

—Perdona, me imagino que estarás descansando, pero confío en no haberte despertado. Solo son las once y cuarto...

—No me había dormido aún pero estoy a punto. Dime.

—¿Has traído algún libro?

—Una biografía sobre George Eastman, ya sabes, el fundador de Kodak. Acabo de empezar a leerla.

—Bueno, si te vas a dormir, ¿me la dejas hasta mañana?

—Claro.

—Ahora voy.

La cuarta planta del Novotel Saint Denis se iluminó al salir de la 403 para dirigirse a la 417 de Cecilia. Pero... ¡no podía ser!, al fondo del pasillo estaba aquella monja que había visto en el avión.

Se miraron y ella mantuvo la mirada. Parecía estar esperando a alguien. Hernán le hizo un gesto para que le aguardara. Ella sonrió y asintió.

—He de coger el móvil y hacerle una foto —musitó entre dientes.

Volvió sobre sus pasos. Tomó el teléfono que estaba en la mesilla y se dirigió de nuevo al pasillo, pensando en la cara que iba a poner Cecilia cuando viese aquella foto...

Al salir de su aposento unos segundos después, ya no estaba. ¿Habría entrado en alguna otra habitación?

Trató de escuchar a través de la puerta de la 412, donde acababa de verla.

No se oía nada.

Recorrió el pasillo dos veces. Subió un piso y bajó otro. Todo fue en vano.

—Es increíble, ¡se aloja en el mismo hotel que nosotros! —dijo para sus adentros.

Cuando tocó suavemente con los nudillos la puerta de la 417, esta se abrió casi de inmediato. Una Cecilia con cara de cansada, sujetaba el libro y sonreía.

—Pensé que te ibas a echar a atrás en nuestra primera cita...—dijo esforzándose por resultar divertida —y además, has venido con el móvil... ¡huy, huy huy..!

—Estoy ahora mismo, como para una cita —respondió Hernán con semblante serio.

Dio las gracias haciendo un pequeño ademán con el libro y volvió a su habitación.

Mientras recorría el pasillo, volvió a fijarse en la puerta de la 412.

—¡Ni rastro de la monja!

Al volver a recostarse en la cama, repasó mentalmente lo sucedido. Trató de encontrar una explicación razonable.

El día había sido agotador y en cierta forma decepcionante.

La entrevista, confirmada por email con el director general de Geolia Avionics una semana antes, había sido un fiasco.

Después de esperarle durante casi tres horas en el hall de acceso de la feria aérea, su secretaria les había comunicado que el señor Wright no podría atenderles.

—Tal vez mañana... —habían sido sus palabras.

Dos cafés solos y un agua mineral fueron el saldo. Al menos Cecilia había aprovechado para hacer algunas fotos de ambiente.

Era irónico.

—¿Sería Max Wright descendiente de los míticos hermanos que consiguieron hacer volar el primer avión de la historia, a principios del siglo XX? —se preguntó.

Su revista había sido la única en confirmar una exclusiva sobre el nuevo avión.

Pero entonces, ¿lo de hoy significaba que ya no iba a tener la entrevista? o, ¿que la iba a tener, pero no en exclusiva?, o peor aún, ¿estaría pensando Wright, en convocar una rueda de prensa como en otras ocasiones?

Movió la cabeza negando, tratando de evitar pensamientos nocivos.

Sería mejor esperar al día siguiente.

A todo ello, tenía que sumarle que estaba leyendo un libro dictado por una monja y al parecer... ¡una monja! le acompañaba en su viaje... Aunque de momento, ¡solo la veía él!

Respiró profundamente. Cogió el libro de Cecilia, y lo abrió al azar.

Leyó: *“...tenía que recorrer largos trechos a pie, pero George era de constitución fuerte. Tenía el espíritu de lo que hoy consideraríamos un deportista de primer nivel. Era esencial que lo hiciera, pues su familia dependía de él con tan solo catorce años...”*

No pudo seguir leyendo. Sus ojos se cerraron. Se quedó profundamente dormido...

Aquel cruasán estaba delicioso. Sus finas láminas de hojaldre se deshacían en la boca y el sutil sabor a mantequilla, acentuaba un punto perfecto de horneado. Desde luego, los franceses sabían hacer una bollería y repostería excelentes. Dio otro sorbo al café y miró el reloj. Las nueve menos cuarto.

Parecía que a Hernán se le habían pegado las sábanas.

—Buenos días, —dijo mientras se sentaba, un tanto apresurado.

—No te he visto bajar, —respondió Cecilia con una sonrisa. —¿Qué tal el libro?

—¿El libro? ¡Ah, el que me dejaste! Pues no sabría decirte... Me quedé frito.

Hernán se retiró para que el camarero le sirviese el *café crème*.

—*Merci !*

Su francés era muy rudimentario pero disfrutaba cada vez que colocaba una palabra con propiedad.

—¿A que no sabes quién se aloja en el hotel con nosotros?

—¿Max Wright? —exclamó Cecilia, —aunque no creo que sea un establecimiento de su categoría... —añadió con cierta sorna.

—¡La monja que ayer venía en el avión! —dijo Hernán mirando en derredor, tratando de detectar su presencia en el restaurante.

—¿En serio? —La cara de guasa de Cecilia, revelaba su incredulidad.

—Entré en la habitación para coger el móvil y fotografíarla. Sabía que no me creerías.

—Muy bien. ¡Enséñame la foto!

—No la tengo porque debió entrar en su habitación. Te aseguro que es real. Nos miramos, le hice una seña para que aguardase, me sonrió y asintió.

—¿Entonces? ¿Por qué no te esperó..?

—No lo sé..., pero estaba allí. No es mi imaginación. Y desde luego, no es ninguna aparición.

Cecilia suspiró, tratando de creer a su compañero...

—Hernán le interrumpió.

—¿Tienes preparado el equipo?, hoy tengo que hablar con Wright como sea. Si volvemos sin la entrevista, nos van a montar una buena.

—¿Nos van o..., te van...?

—NOS, porque como no lleves fotos de él y de su nueva criatura, a ti también se te va a caer el pelo.

—De acuerdo... Está todo listo. ¿A qué hora es la reunión?

—En principio a las doce, pero con esta gente nunca se sabe. Tengo aquí el programa del Air Show. Veamos. A las diez y media hay una exhibición de los Snowbirds Acrobatic Team, la patrulla acrobática canadiense. ¡Son muy buenos! Dura quince minutos.

En cuanto aterricen, nos acercamos para hacerle una breve entrevista a su comandante y tú aprovechas para sacar fotos de detalle. Ya sabes, mucha sonrisa..., le pides a algún piloto que pose en la carlinga..., y a ver si consigues alguna foto de esas de portada de revista. Ya me entiendes —dijo mientras mostraba el puño de su mano derecha con el pulgar extendido...

La entrada del International Paris Air Show estaba abarrotada.

Resultaba increíble cómo año tras año, aquel evento pudiese congregar a tal número de personas.

Hernán mostró su acreditación de prensa y franqueó la entrada.

Cecilia tuvo que cruzar tres veces el arco detector.

Aunque el equipo fotográfico había pasado sin problema, primero tuvo que quitarse el reloj, después una cadenita, y por fin, la hebilla del cinturón.

Aquellos días se extremaban las medidas de seguridad... y la sensibilidad de los detectores.

El día había amanecido con una ligera bruma que a aquella hora parecía disiparse.

Llegaron a tiempo para colocarse en una posición perfecta, escrutar los cielos y conseguir las mejores tomas de la patrulla acrobática canadiense.

Reinaba un ambiente festivo. La temperatura era muy agradable.

Hernán miró el reloj, las diez y treinta y dos. Parecía que el espectáculo se retrasaba.

De repente un rugido atronador, hizo que miles de personas girasen la cabeza al mismo tiempo. Nueve Canadair CL-41 Tutor, hicieron una entrada apoteósica. Resultaba increíble verlos volar tan juntos y tan bajo... Sonrió. Parecía un solo avión en lugar de nueve. Su evolución era perfecta.

Tras la primera pasada, rompieron la formación y comenzaron a trazar diferentes acrobacias demostrando la pericia de sus pilotos y las cualidades de sus máquinas.

—Cecilia, ¡atenta! A partir de ahora, viene lo más espectacular. En la siguiente pasada o en la otra, soltarán el humo de colores.

A ver si puedes hacer alguna toma buena. ¡Que se vea bien!

—En eso estoy, —respondió y sin poder reprimir su entusiasmo añadió —¡qué bonito..!

El comandante Garber era un tipo muy simpático. Acostumbrado a la prensa, asumía como parte de su trabajo en tierra, sonreír y encarnar el papel de caballero canadiense. Elegante y dispuesto a responder a las preguntas sobre pilotos o aviones.

La revista Al Vuelo, era siempre bienvenida. Su edición digital en inglés era apreciada en medio mundo. La seriedad con que trataba sus contenidos, su cuidado diseño y su fotografía espectacular, no pasaban inadvertidos para nadie que tuviera que decir una palabra en el mundo aeronáutico.

Hernán lo pasó muy bien durante la entrevista.

Samuel Garber había colaborado en todo momento y hasta había permitido que Cecilia, fotografiara los controles de un aparato.

Con un fuerte apretón de manos el comandante Garber se despidió de ellos, no sin antes, entregarles una bolsita con pegatinas de la patrulla, un folleto con la historia del 431 Escuadrón de Demostración Aérea de las Fuerzas Canadienses y unas insignias con la banderita de su país.

—¡Qué tarde era! Las doce menos cinco.

Debían acelerar el paso, para llegar puntuales a la entrevista con Maximilian Wright.

Casi jadeantes, entraron en el gigantesco hall. Localizar a alguien allí, era como buscar una aguja en un pajar. Menos mal que habían convenido que se verían en el interior de la cafetería del hall. El día anterior, les había localizado allí la señorita Patterson, secretaria personal del señor Wright.

—Esperemos que hoy no nos dé plantón, —dijo Hernán, empujando la pesada puerta de cristal de la cafetería, mientras invitaba a Cecilia a pasar delante.

—Tengamos confianza —añadió ella con entusiasmo.

A las doce y veintidós, Hernán envió un whatsapp a Jacobo Planas, su director editorial.

En él le pedía ayuda para ver si podían reconfirmar la entrevista con Geolia Avionics. Su director general, se hacía el esquivo.

Un minuto después, Hernán mostró a Cecilia el teléfono.

—Mira lo que dice Jacobo.

No quería que ésta se perdiera ningún detalle.

—*Moved el culo!!!! Estais ahi para eso!*

—¡Ni un acento! —exclamó indignada —¿A ti te cae bien Jacobo? Siempre me ha parecido el perrito faldero de Diego.

—No lo sé..., pero desde luego a Diego Barón, como presidente, jamás le he visto hablar a nadie así. En cambio..., Jacobo es un déspota. Se comporta como si fuera a heredar la editorial. En los años que le llevo tratando, no termino de comprender cómo tiene tanto peso en la casa. ¡Nunca aporta nada! Si te fijas, apenas habla en las reuniones en las que se tratan temas importantes.

Una mano sobre el hombro interrumpió a Hernán. Al volverse, se encontró con un rostro familiar.

—¡Don Luis Alberdi! ¡Qué grata sorpresa! —Hernán dejó su vaso de agua mineral en la barra y entre sonrisas, abrazó con afecto a su amigo.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos, Hernán?

—Pues no sé..., ¿dos años? Mira Luis, te quiero presentar a mi compi Cecilia. Es la fotógrafa que va a cubrir el evento.

—Luis, además de amigo mío desde hace casi diez años, es el director técnico del Observatorio Fabra de Barcelona.

Cecilia apartó las dos cámaras que llevaba colgadas y estrechó su mano.

—¿Qué hacéis aquí? Bueno, ya sé que habéis venido al Air Show pero me refiero a que el espectáculo está ahí fuera..., no en la cafetería.

—Estamos citados con Max Wright para hacerle una entrevista —respondió Cecilia apresurada.

—¡Vaya! ¿el astronauta? —El gesto de aprobación de Luis parecía dar a entender que valoraba el trabajo que hacían.

—El mismo, —aseveró Hernán, —pero ayer también estuvimos aquí y nos dio un plantón de ¡casi tres horas! ¿Y tú? ¿Cómo es que has venido al Air Show? ¡No me digas, que os van a poner un cohete en el observatorio!

Luis Alberdi sonrió con la broma de su amigo.

—Nooo, en realidad he venido a un congreso de astrofísica que coincide en fechas con el Air Show. Hoy nos reunimos en el salón de actos de este pabellón. Supongo que el patronato organizador lo habrá querido hacer coincidir, para aprovechar espacios y tiempos muertos del salón aéreo. Por cierto, me tengo que ir ya. ¿Os apetece que comamos juntos? Yo invito.

Hernán se consideraba un tipo ahorrador aunque algunos de sus compañeros de redacción opinasen de él que era tacaño.

La invitación de su amigo representaba una oportunidad de comer bien, ...sin incurrir en gasto.

Dirigió una rápida mirada a Cecilia para comprobar si estaba conforme.

—Por supuesto, —respondió, —salvo que estemos de entrevista, claro... ¿A qué hora terminas el congreso? —preguntó.

—Sobre las dos de la tarde.

—Pues si te parece, quedamos aquí. Si no estamos, no nos esperes.

—Bien, pero como supongo que mañana seguiréis aquí, si no podéis hoy dadme un toque... y lo dejamos para mañana.

—Perfecto —sonrió Hernán.

Al alejarse Luis, aprovechó para darle algunos detalles a Cecilia.

—Una bellísima persona. Se mantiene igual que hace diez años. Le conocí en la presentación de una revista de astronomía. Nos pusimos a hablar y descubrimos que tenemos bastantes cosas en común. Por ejemplo, yo soy creyente y él es ateo.

—¡Pues sí que tenéis cosas en común! Vuestra amistad parece un oxímoron...

—¡Muy graciosa! —Hernán no pudo reprimir una carcajada ante la ocurrencia.

—Fíjate, los dos buscamos la verdad. Él la ha encontrado a su manera... y yo a la mía.

—Visto así...

Cecilia no acabó la frase cuando advirtió que una atractiva rubia muy bien vestida, sonreía detrás de Hernán con intención de comunicarse con ellos.

—¡Señorita Patterson! —exclamó Hernán al volverse.

—Señor Egea, le ruego que disculpe al señor Wright pero le va a ser completamente imposible acudir a la cita con usted.

Victoria Patterson se mostraba avergonzada.

Acostumbrada a llevar una agenda impecable, aquello le parecía una descortesía...

—De manera confidencial —añadió, —le diré que unos pequeños problemas de última hora, están retrasando la presentación oficial de nuestra aeronave.

—Comprendo —dijo Hernán tratando de ser empático, —pero, ¿y mañana?, ¿tendrá un minuto? En la editorial esperan una entrevista con Max Wright. ¡Tengo que llevar algo!

—Es muy difícil contestarle ahora mismo. Sé que la intención del señor Wright es atenderles.

—Su revista siempre ha tratado muy bien a Geolia Avionics, por eso está muy disgustado con el retraso del proyecto. Buenos días.

Su saludo de despedida, acompañado por un giro perfecto de ciento ochenta grados sobre sus talones, dejó estupefactos a los periodistas, que no tuvieron tiempo para reaccionar...

—¿Has visto? ¡yo tengo que aprender ese giro!

La idea de Cecilia era compartida por Hernán: él también tenía que aprender a hacer ese giro de talones.

—Tenías que haber hecho un vídeo de esto. Jacobo no nos va a creer —la voz de Hernán denotaba preocupación.

—A lo mejor mañana... —Cecilia sabía que aquello tenía mala pinta, pero intentó animar a su compañero.

La preocupación dio paso a la acción.

Hernán se hizo a la idea de que Wright no iba a aparecer. Era mejor buscar una salida a seguir esperando. Tenían que conseguir el mejor reportaje del Paris Air Show de la historia.

Al día siguiente volvería allí por si acaso aparecía, pero sabía que debía contar con un as en la manga.

—Vámonos rápido, la presentación del nuevo AirBus es en el pabellón tres y acaba de empezar...

Cecilia nunca imaginó que en su primer viaje a París, terminaría almorzando en un restaurante portugués. Sin embargo, O'Frango en la *rue Carrot*, quedaba muy cerca del Air Show y por lo que les había anticipado Luis, era un restaurante con una cocina sabrosa y un servicio muy atento. Perfecto para comer bien y continuar el trabajo por la tarde.

Luis Alberdi Benet era simpático, aunque en ocasiones mostraba un punto soberbio.

Expuso con pasión su trabajo en el observatorio. Al hablar de los astros parecía que no había otro trabajo mejor que el suyo, bajo el firmamento.

Su cosmovisión era tan precisa como restringida. Para él, nada escapaba del escrutinio de la ciencia.

—Bueno Luis... —interrumpió Hernán, —hemos hablado varias veces del Big Bang y sabes que yo no lo veo así. Es más, te voy a comentar una teoría mía, ¡llámala pseudo-científica!, ...que se me ocurrió después de hablar contigo sobre ello, la última vez.

—Si no estoy en un error, la teoría del Big Bang surge de la observación del universo. Al advertir que éste se expande, se colige que ha partido de un estado inicial, digamos de alta densidad y que tras esa explosión empezó a moverse, ¿voy bien?

—De momento sí... —sonrió Luis mientras asentía.

—Aquí viene mi teoría, ¿qué pasaría si, como ocurre con tantos experimentos científicos, estuviéramos ante un error de observación?

—No te comprendo—acotó Luis, —a punto de devorar un buen bocado de pollo.

Cecilia les observaba divertida.

—Te pongo un ejemplo. Un hombre camina por el desierto y se topa con unas vías de tren. Si mira al horizonte ¿qué ve?

—Que las vías se juntan —dijo Cecilia con la boca llena.

—Eso es. ¿Significa acaso que las vías estén juntas? ¡Claro que no! Si ese hombre fuese levantado en helicóptero allí mismo, observaría que las vías discurren paralelas.

—No sé muy bien a dónde quieres ir a parar...

—Muy sencillo, Luis. La observación del universo se hace desde la Tierra o un satélite pegado a la misma. Desde ahí, apreciamos que las líneas de expansión del universo con-ver-gen, pero, ¿y si pudiéramos estar lo suficientemente retirados para observar el fenómeno? A lo mejor nos encontrábamos con la sorpresa de que las líneas eran, pa-ra-le-las, como las vías del tren, lo cual no sé, pero tal vez indicaría que el universo es infinito...

Se hizo un silencio. Luis Alberdi sonrió. Con elegancia se limpió con la servilleta.

—¡No está mal!, ¡nada mal!, para ser una teoría... pseudo-científica como dices...

Juntó sus labios en gesto de aprobación y levantó la copa de vino para brindar.

—¡Por las teorías pseudo-científicas!

A Cecilia también le había parecido interesante. Conocía a Hernán desde hacía dos años. Sabía que entre sus aficiones destacaba una que era, como a él le gustaba decir con aire rimbombante, la “búsqueda de la verdad”. Para ello, leía, se interesaba por la astronomía, escudriñaba multitud de temas y misterios, y cómo no, la religión en su faceta de creyente, ocupaba un espacio primordial en su vida.

Al fin y al cabo era periodista.

Cecilia abandonó sus cavilaciones, cuando Luis se dirigió a ella.

—¿Y tú Cecilia, tienes también alguna teoría pseudo-científica?

—La verdad es que no...

Por el tono empleado, parecía disculparse ante la pregunta.

—Pero si a Hernán no le importa, me gustaría que te contase lo que le sucede desde ayer con una monja...

La salida de Cecilia pilló a Hernán por sorpresa, pero, ¡no tenía nada que ocultar! y menos ante su amigo así que accedió.

Luis escuchaba interesado. Su mirada descansaba a veces en uno, a veces en otro.

Denotaba que buscaba información en la expresión de sus rostros. Trataba de confrontar, cómo habían vivido la misma experiencia.

Hernán hizo un alarde de síntesis y puso ante los oídos de Alberdi, la historia de un libro dictado por una monja, la aparición de otra en su vida y unas extrañas sensaciones de por medio, todo, en menos de veinticuatro horas.

Cuando terminó, éste apuraba su tarta de nata y canela. Tras saborear la cucharilla, la dejó en el plato y se dirigió a Hernán.

—¿Y si la monja que has visto... es la del libro?

—¡¡Luiiii!! ¡Me tomas el pelo!

—No, es solo una hipótesis... Si me lo permitís, os voy a contar, —bajó la voz, —sin que salga de aquí..., una teoría mía. Ésta sí es científica, y la expondré en el simposio de mañana solo que allí casi no hablaré. Sacaré a relucir un montón de fórmulas. —Sonrió.

Ante la cara de suspicacia de sus invitados, se explicó mejor.

—Igual te sirve para entender tus encuentros con esa monja...

—¡Nos tienes en ascuas! —exclamó Cecilia.

—Supongo, que habréis leído cosas sobre viajes en el tiempo.

—Claro, —respondieron casi al unísono.

—Los científicos buscamos respuestas a interrogantes como ese. Por esta razón, existe la teoría de los universos paralelos, la teoría de cuerdas, los agujeros de gusano...¿os suena todo esto? no quiero ponerme en plan catedrático y que os durmáis...

Sonrieron.

—Pues bien nadie tiene la respuesta hasta ahora, al menos que se sepa o mejor dicho, que se haya podido demostrar, ...sobre los viajes en el tiempo.

—El caso es que desde hace varios años, me entretengo con la teoría de los universos paralelos. Viene a decir más o menos, que existen distintas realidades o universos.

Nosotros ocuparíamos uno, pero habría otros que conformarían realidades alternativas que podrían interferir con nuestro universo, ...o no. El conjunto de universos, constituiría un multiverso....

Os confieso, que me encanta poner en un aprieto, a mis alumnos del master de astrofísica y física de partículas, planteándoles paradojas en las que tengan que moverse por el espacio-tiempo.

—En una de esas paradojas, me surgió la idea. Es bastante fácil de contar, sencilla de entender..., pero muy difícil de demostrar.

Luis Alberdi se mostraba encantado con la disertación.

—Como sabéis, el tiempo es una convención humana. Los animales no actúan movidos por el tiempo. El león no sale a cazar a las ocho y media como hacemos nosotros, sino cuando tiene hambre. Desde hace muchos siglos, el hombre ha representado el tiempo como una sucesión de acontecimientos. Primero el siglo I, luego el II, luego el III... Además, estamos acostumbrados a estudiar historia, la cual nos cuenta lo que sucedió en civilizaciones pasadas, generalmente de forma secuencial.

Pues bien, ¡agarraos a la silla! —su expresión cambió, parecía un mago a punto de sacar un conejo de la chistera —¿y si el pasado, el presente y el futuro fueran lo mismo? Mi teoría defiende que el tiempo no es secuencial, sino ¡único!

—Pero eso es imposible, —saltó Hernán, —¿cómo van a coexistir con nosotros civilizaciones que desaparecieron hace miles de años? ¿Dónde están?

—Aquí viene la parte fácil. Haced un pequeño esfuerzo mental y olvidad por un momento, que el tiempo es secuencial.

Ahora, imaginaos un disco duro gigante de ordenador, compuesto de infinitos discos concéntricos perfectamente alineados.

Digamos que en el primero, tenemos el siglo I. En el segundo el siglo II, etcétera, hasta llegar al nuestro el siglo veintiuno.

Como ese disco duro está en movimiento, todas las épocas están sucediendo ahora mismo....

—La percepción que tenemos de antigüedad es eso, una percepción, pero es posible que en este momento estemos conviviendo, ¡a la vez!, la civilización griega, la egipcia, el descubrimiento de América e incluso, la toma de la Bastilla.

—¡Hombre Luis y qué me dices de los libros y de los objetos de otras épocas! Están por todas partes, ¿cómo explicas que llegaran a nuestro tiempo?

—No olvides Hernán que es una teoría..., pero tengo explicación para ello. Precisamente, los libros son una de esas pruebas ¿irrefutables?, que nos marcan el devenir histórico secuencial del que estamos hablando.

Sin embargo, si continuamos con la analogía de los discos duros, su movimiento como todo movimiento, tiene interferencias, alteraciones, fallos... Eso podría significar la aparición de artefactos en todas y cada una de las épocas que están sucediendo simultáneamente. Es decir, que nosotros tenemos objetos de épocas pasadas o futuras en nuestra civilización y ellos, pueden tenerlos de la nuestra.

—Por ejemplo, ¿habéis oído hablar de los *out-of-place-artifacts*? los *oopart*. Hernán asintió.

—Pues bien, esos objetos que no encajan con la cronología histórica y que, para algunos, son la evidencia de civilizaciones extraterrestres que nos visitaron, muy bien podrían servir de prueba de lo que estoy diciendo. La posibilidad de que todas las civilizaciones coexistan a la vez, no dejaría de ser un multiverso integrado por distintos universos...

Hernán seguía sin entender qué relación tenía todo aquello con Ana Catalina Emmerick y la época en la que vivió.

—Ahora llegamos a la parte que más te va a interesar. Estoy seguro —sentenció Luis.

—Mi hipótesis abre un enfoque radicalmente distinto a los viajes en el tiempo. Si os fijáis, cuando hablo de organización de la civilización en diferentes planos, ese disco de ordenador..., se desprende que para pasar de una época a otra no haría falta viajar en el tiempo, porque... —hizo una pausa.

—¡Se viajaría por el espacio! —afirmó Hernán, apuntándole con su índice.

—¡Exacto!

—No me estoy enterando —se quejó Cecilia.

—Es sencillo. —Luis se propuso hacerle comprender aquel galimatías, de forma gráfica.

—Si nosotros vivimos en el disco veintiuno, siglo XXI, y la monja ¿cómo se llamaba..?

—Ana Catalina —apuntó Cecilia.

—Bien, si Ana Catalina vive en el disco dieciocho o diecinueve, muy bien podría desplazarse a nuestro siglo ¡ahora mismo! y sentarse aquí con nosotros. Solo necesitaría pasar de un disco a otro... claro que, tendría que saber cómo hacerlo...

—¿Qué te parece con la ayuda de Dios? Al fin y al cabo, casi estás en mi terreno, un tiempo único..., civilizaciones que coexisten...

Si tuviera que poner un titular a tu teoría sería: “viajar en el tiempo nunca estuvo tan cerca” —remató Hernán.

Su frase, arrancó sonoras carcajadas a los tres.

Hacia rato que el camarero había traído la cuenta. Apenas quedaban mesas con clientes y era hora de reanudar la jornada de trabajo.

—Me voy a tener que marchar, se me está haciendo tarde pero como mañana estaré muy liado, os lo digo ahora. ¿Os apetece venir la semana que viene a mi casa de Isla Cristina?

Vendrán algunos amigos con ocasión de las hogueras de San Juan. Hernán, no tengo que decirte que traigas a Eva y a Javi. Podemos pasar un fin de semana divertido. Será una reunión de conspiranoicos... —gesticuló.

Esa palabra no le gustaba a Hernán, era un término despectivo y si bien era cierto que había personas que podían encajar con esa descripción, conocía a muchos “buscadores de la verdad” que eran rigurosos y nada tenían que ver... Él era uno.

—¿En qué cae San Juan? —preguntó.

—En viernes —respondió Luis.

—Vale, me apunto, ¿y tú Cecilia?

—Yo también... —No puedo perderme esa fiesta, pensó.

La tarde resultó frenética.

Con el programa en la mano, Hernán y Cecilia machacaron sus pies en un intento de no desperdiciar ninguno de los eventos del día.

Esa información, serviría para calmar a la fiera de su jefe..., si el astronauta no acudía a la cita al día siguiente.

Lo que al redactor jefe de Al Vuelo le pareció más novedoso y por qué no, disparatado, fue un sistema de seguridad aérea desarrollado por una empresa rusa. Destinado a salvaguardar la vida de los pasajeros de aviones comerciales, consistía en una especie de cápsula mágica, la cual en caso de impacto se desprendía del aparato y mediante varios paracaídas, ponía a la tripulación a salvo.

—Esto no van a querer ¡ni publicarlo! —caviló.

Cenaron temprano en el buffet del hotel. Habían comido demasiado y no tenían mucho apetito. El móvil de Cecilia sonó.

—¿Sí?

—Cecilia soy Jacobo. Hernán no contesta, ¿me puedes pasar con él? Ah, otra cosa, habla con Miriam. Envíale las primeras fotos, cagando leches. Las está esperando.

—Muy bien, te paso con Hernán.

—Hola Jacobo.

—¿Qué tal la entrevista Hernán?

—No ha habido entrevista.

—¿Quééé? A la editorial nos cuesta un pastón, enviar un equipo a cubrir el Air Show y me dices tan pancho que, ¡no ha habido entrevista!

—A ver Jacobo, este hombre no se ha presentado. Nos ha vuelto a enviar a su secretaria a pedir disculpas.

—¡Hace meses que no tenemos una exclusiva y me la estoy jugando con vosotros!

—Te repito que no se ha presentado. Si supiera dónde se aloja, iría a verle yo. Además, la secretaria nos ha dicho que hay problemas técnicos y que tal vez el proyecto se retrase. Lo único que puedo hacer es esperar a mañana y rezar para que aparezca...

—Pues eso, ¡¡reza!! —y colgó.

—Este hombre es imbécil —pensó.

Miró a Cecilia. Había sacado el portátil y estaba escribiendo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy enviando un mail a Miriam.

—¿Miriam, quién es Miriam?

—La becaria nueva. Me ha pedido Jacobo que le pase las primeras fotos, “cagando leches” —dijo imitando su voz.

—Ah, vale. ¿Para qué tienes que escribirle?

—Para decirle que estoy subiendo ahora mismo las fotos al *dropbox* de la redacción, pero que tardarán lo suyo porque están todas en *raw*.

—¿Y por qué se las mandas en *raw*?

—Hernán —dijo Cecilia impertérrita —yo hago todas mis fotos en *raw*. Dejo el *jpeg* para otros. Me gusta controlar todos los aspectos técnicos. Siempre me decís, que mis fotos son perfectas ¿no?

—Bueno, bueno..., no te pongas así solo era una pregunta, —miró el reloj, —creo que me voy a subir y voy a meter los pies en remojo. Me duelen un horror.

—Es una buena idea —dijo la fotógrafa con cara de satisfacción, mientras asestaba un buen trasto a la tecla *enter* de su portátil.

—Hasta mañana.

—Que descanses, —respondió Hernán y se dirigió al ascensor.

Era curioso, con la cantidad de gente que había en Le Bourget, su hotel no parecía haber acusado una afluencia masiva. A las 21:45 de la noche solo había dos clientes en recepción.

Mientras esperaba al ascensor lo que menos le apetecía era pensar en Jacobo.

Pulsó el 4... Aquel gordo, le caía gordo. Tenía la sensación de que le había vetado para llegar a la dirección de la revista.

Además ni era periodista ni tenía talento para escribir, ...aunque él se lo creyera.

Un burócrata, un abogaducho cuasi director de una revista de aviones. ¡Y encima maleducado!

—Ya veremos mañana —pensó, —a lo mejor Wright aparece y le tapo la boca. Estaba cansado y le dolían los pies.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la bañera y abrir el grifo del agua caliente. Remojarlos un rato, le vendría de perlas antes de acostarse.

Repasó las opciones de lectura que tenía para llevarse al baño mientras metía sus pies en agua: el libro de Ana Catalina, la biografía de Eastman o el panfleto de la patrulla canadiense.

Nada parecía convencerle.

Recordaba la comida del mediodía. La conversación con Luis, su *teoría del tiempo único*... Cómo la había relacionado con la monja que él había visto el día anterior...

En ese momento recordó que llevaba una *app* en su teléfono, con la Biblia de Jerusalén.

—Sí — le apetecía releer el Apocalipsis de San Juan.

Echó en la bañera todas las muestritas que encontró en el tocador del baño, reservando una de gel para la ducha del día siguiente. Confía en que aquella mezcla, produjese un efecto calmante, incluso anestésico, ...para sus pies.

El agua estaba muy caliente pero respiró aliviado al introducirlos.

Se desplazó por la pantalla del teléfono. Buscaba una página en la que comenzar la lectura.

Después de empezar varias veces, le pareció que el Capítulo XXI estaba bien. Leyó:

“21:1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.

21:2 Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.

21:3 Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

21:4 Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

21:5 Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.

21:6 Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.

21:7 El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.

21:8 Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.“

Su fe le daba fuerzas para creer que el Libro del Apocalipsis de la Biblia, el único que aún estaba por cumplirse acontecería..., ¿tal vez en esta generación? A fin de cuentas, en todos los siglos anteriores se había considerado dicha posibilidad. Por eso estaba convencido de que, antes o después, acabaría sucediendo.

Su mente analítica escrutaba datos e inevitablemente, terminó pensando en Ana Catalina. —¿Y si ella, según cuenta en uno de sus libros, estuvo en el fin de los tiempos narrado por San Juan como privilegio divino..? Parecía una de esas paradojas espacio-tiempo, sobre las que habían charlado en la comida del mediodía.

Por un lado, San Juan que vivió en el siglo I había asistido al final de los tiempos, el cual afortunadamente aún no se había producido. Como muy pronto podría ocurrir en esta época.

Es decir —cavilaba, —San Juan desde el siglo I habría viajado al siglo XXI. ¿Estaríamos ante el primer viaje en el tiempo de la historia? —acarició suavemente la barbilla con su mano.

—Por otro lado, Ana Catalina Emmerick que también habría tenido la gracia de ver dicho acontecimiento, habría llevado a cabo su viaje del siglo XIX al XXI.

—¿Se habrían visto allí? —sopesó la idea. —¿Habrían coincidido en el mismo punto de observación?

La verdad, es que la *teoría del tiempo único* de Alberdi cobraba sentido al contemplarla desde la perspectiva de personas que se mueven por el espacio a través de los siglos.

—¿Y si Luis hubiera acertado? —razonaba, —mientras seguía acariciando su barbilla.

En ese punto se detuvo. Su mente acababa de alumbrarle un detalle importante.

La lectura del pasaje de la Biblia no le había causado ninguna sensación extraña, como tampoco lo había hecho la biografía de Eastman de la noche anterior, que por cierto, tenía que devolver a Cecilia... Comenzó a sentir un hormigueo en los pies —deben estar reviviendo —se dijo, mientras los movía en el agua.

Llegó a la conclusión de que era necesario retomar la lectura de las Visiones y Revelaciones de Ana Catalina Emmerick y ver qué sucedía. Ese libro tenía algo...

—Esta noche no. He de dormir —se dijo.

Había sido un día pesado. Por si fuera poco, al día siguiente debían estar a las ocho en punto de la mañana en Le Bourget, para ver las evoluciones en el aire del nuevo Airbus.

La imagen de Jacobo acudió a su cabeza —¡menudo fantasma! —fue su pensamiento.

El agua de la bañera parecía cada vez más caliente.

Sacó los pies. ¡Estaban ardiendo! Eso no debería ser bueno.

—¿Podría provocarme esto, un corte de digestión? —dudó.

Se dirigió a la cama con ganas de descansar.

No lectura, no televisión, no teléfono...

Aquel hormigueo había comenzado a subir por las pantorrillas. Intentó calmarlo con una friega. Habían caminado mucho ese día.

Por más que masajeaba las piernas, la sensación persistía. Ahora había comenzado a sentir flojera y un débil mareo sin náuseas.

Le costaba mantenerse atento, su visión se hizo borrosa.

Un leve rumor llamó su atención. Giró la cabeza y la vio frente a él.

—¿Cómo había llegado allí? —Buscó en todas direcciones por si alguien del servicio de habitaciones le hubiese franqueado la entrada.

Le sonrió. —¡Ven! —Su voz era dulce y firme.

Se levantó de la cama y la siguió. Sus pantorrillas ya no le molestaban. El hormigueo había desaparecido.

Caminó detrás de ella. El hotel le pareció diferente. Tal vez no conocía las dependencias por las que le conducía.

—¿Estaré soñando? —se preguntó extrañado.

Al entrar en la habitación sin número en la puerta, lo primero que reparó fue en aquel hombre sentado en una silla. De aspecto jovial, aparentaba unos cuarenta años. Bien afeitado, no parecía muy alto, pero sí robusto.

Hernán tuvo la sensación de que no se había percatado de su presencia.

Podía ser debido a que estaba absorto con unas notas de papel, que tenía delante suyo sobre una pequeña mesa...

Cuando pensaba que iban a ser presentados, la monja se recostó en la cama de la habitación.

Parecía muy cansada. Como si el hecho de haber ido a buscarle le hubiese agotado...

—¿Ana Catalina? —preguntó Hernán sorprendido.

I

El hombre pareció no inmutarse.

—Busca la verdad —dijo ella en un leve susurro.

—¡Busca la verdad! —repitió, mientras le alargaba un tosco rosario de madera.

—*Monsieur Egea !, Monsieur Egea !, Monsieur !*

La potente voz del conserje, no mostraba el suficiente efecto para arrancar a Hernán de aquel estado. Parecía haber sufrido un desmayo.

Sus ojos entreabiertos y en blanco, la palidez de su rostro sudoroso y el no responder a sus voces, asustaban al francés, el cual avisado por Cecilia ante su falta de respuesta, había procedido a abrir la 403 con la llave maestra.

Tras comprobar que tenía pulso, exclamó —*Je vais appeler le médecin immédiatement !*

Se diría que temblaba mientras marcaba el teléfono.

Cecilia reprimía las lágrimas, mientras propinaba algunos cachetes a su compañero...

—Hernán ¡despierta!, ¡despierta!

El móvil de Hernán comenzó a vibrar. Estaba conectado al cargador cerca del cabecero.

Cecilia lo cogió. No conocía aquel número, pero supuso que en esa situación debía responder.

—¿El señor Egea? —una voz femenina se escuchó al otro lado.

—Soy Cecilia Fernández, compañera del señor Egea. En este momento no puede ponerse, —dijo mientras echaba una rápida mirada a Hernán. Seguía desvanecido.

—Hola señorita Fernández, nos conocimos ayer. Soy Victoria Patterson, secretaria personal del señor Wright.

—Sí, ya caigo... —contestó Cecilia con celeridad —dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Lamento informarles pero hoy tampoco podrá recibirles el señor Wright. Una vez que se superen las dificultades, él mismo se pondrá en contacto con su revista.

—De acuerdo, yo se lo comunicaré al señor Egea.

—Adiós, buenos días.

—Buenos días.

¡Lo que faltaba, Wright no les iba a conceder la entrevista! Además, con su redactor jefe en ese estado, hoy tenían que regresar a España... ¡¿qué podía hacer ella?!

En aquel preciso instante llamaron a la puerta.

Fue providencial que el doctor Martínez, hijo de padres españoles, fuese el médico del hotel. De otra manera, Cecilia habría tenido notables dificultades para comunicarse con él.

Tras tomar la tensión arterial, aflojar las ropas de Hernán y ventilar la habitación, pasó un pequeño frasquito por la nariz del periodista.

Éste tosió. Era un buen síntoma.

Al parecer, había sufrido una lipotimia. Seguramente la caminata del día anterior unida al stress, habían desencadenado el cuadro.

Cecilia sonrió al ver que Hernán abría los ojos.

Su gesto de extrañeza al ver tanta gente alrededor, hizo que Cecilia explicase lo ocurrido.

—Te has desmayado. Has sufrido una lipotimia. El señor Cavey, conserje del hotel, me ha abierto la puerta de tu habitación al ver que no respondías. También ha llamado al médico, el señor Martínez, que ¡menos mal que habla español! porque..., ¡menudo susto me has dado majo! —Hernán intentó incorporarse pero el médico le detuvo.

—Ahora debe descansar un rato. ¿Pueden subirle algo fresco, un zumo de piña por ejemplo? —preguntó dirigiéndose al señor Cavey.

—*Bien sûr, docteur* —respondió más tranquilo, al ver que Hernán recuperaba el color.

—¡Dios! —prorrumpió Hernán, mientras trataba de incorporarse de nuevo — ¡la entrevista con Wright!

—¡Tranquilo Hernán! —exclamó Cecilia algo alterada, mientras le frenaba.

—¡Relájate, mira como estás! Además, acabo de hablar con ellos.

Hernán no acababa de comprender.

—¿Qué te han dicho? —preguntó frunciendo el ceño.

—La reunión queda aplazada sine die. La Patterson me ha indicado que se pondrán en contacto con la editorial, cuando resuelvan los problemas técnicos.

El médico se despidió con un saludo de mano, al ver que la vida normal de Hernán Egea, estaba restablecida.

Se dirigió a la puerta acompañado por el conserje y abandonaron la habitación.

Cuando se quedaron solos, Cecilia le preguntó:

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—No sé..., salí del baño, sentí un hormigueo en las piernas y...

El recuerdo de la monja acudió a su cabeza con claridad.

—¿Y... qué? —el gesto de Cecilia le exhortaba a terminar la frase.

Hernán no quería contárselo.

Había sido ¡tan real!, que dudaba que hubiese sido un sueño. Al mismo tiempo, se sentía cansado y no tenía ganas de mofa por parte de su compañera.

—Y... ¡nada! No recuerdo más.

Se rascó la cabeza y cogió el móvil. Eran las 11:30. —Supongo que tendremos que hacer la maleta. Si no recuerdo mal, el avión sale a las 16:00.

—¿Estás cómo para viajar? —preguntó la fotógrafa.

—¡Pues claro! Solo ha sido una lipotimia. Me encuentro perfectamente.

Cecilia, de regreso a su habitación, pensaba en el viaje de vuelta.

En la situación de Hernán, era casi seguro que le iba a tocar conducir hasta Orly. No estaba acostumbrada a las carreteras francesas y la idea le ponía nerviosa.

Luego estaba el avión. A ver qué tal le sentaba el vuelo a Hernán.

Sintió la vibración de su teléfono. Era Jacobo —¡el que faltaba!

—¡Cecilia! ¿qué mierda de fotos le has pasado a Miriam que no se pueden ver?

—Buenos días Jacobo..., ¿a qué te refieres exactamente con que no se pueden ver?

—¡No se pueden ver Cecilia! he intentado abrirlas en mi ordenador y ¡no me deja!

—Un momento Jacobo, ¿las ha procesado Miriam?

—¿Desde cuándo una foto digital se procesa? ¿Te estás quedando conmigo?

—Jacobo, deja que te explique... Os he enviado las fotos en *raw*. El *raw* es un tipo de archivo que conserva la capacidad de edición desde la toma de la foto. Así puedes corregir su foco, velocidad, diafragma, vamos, ¡todo! para que salgan perfectas.

—Para verlas, hay que procesarlas antes con un programa adecuado. No se pueden ver sin más.

—¿Tú te crees... que me puedes pasar fotos en un formato raro y hacerme perder el tiempo? Pero..., ¿quién te ha contratado a tí?

—Fuiste tú, Jacobo. En la entrevista te expliqué que hacía todas mis fotos en *raw*... y te pareció bien...

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Voy a solucionarlo ahora mismo! Porque... no me ocasionáis ¡más que problemas!

El silencio en la línea, indicó a Cecilia que el director editorial había colgado.

Era sábado y estaba en la redacción... o, —¿tal vez le había llamado desde su casa?

—Fuera como fuese, este hombre era como un grano en el culo.

—Menos mal que no me ha preguntado por la entrevista, —pensó.

El viaje hasta Orly fue más bien taciturno. A Hernán no le apetecía hablar y tenía que arrancarle las palabras con sacacorchos.

Casi mejor. Cecilia no entendía muchas indicaciones de la autopista y el silencio le permitía ir más concentrada.

Mientras conducía, repasaba su primer viaje a París. Había sido divertido, pero también cansado y preocupante. Posiblemente, nada o nadie es perfecto en esta vida —se dijo.

Cuando subieron al avión, Hernán parecía más animado.

Cecilia aprovechó para contarle la llamada de Jacobo de esa mañana.

—¡Este tío es imbécil! —exclamó Hernán al escuchar el relato.

—Y lo peor de todo, es que tenemos un director editorial que ejerce de director de una revista digital, ¡que no tiene ni pajolera idea de lo que es el formato *raw*!

Al menos, la historia de Cecilia tenía un punto divertido.

—¿Cómo se podía ser tan rematadamente bobo?

Aquel sábado, el vuelo que acababa de despegar a las cuatro y once del Aeropuerto de Orly con destino Madrid, iba casi vacío.

—Supongo que el vuelo de las diez será bien distinto. Todos los que se han quedado en Le Bourget a apurar hasta el último momento, volverán como sardinas en lata —pensó Hernán.

Se advertían los días más largos aquel dieciocho de junio.

Cecilia se había colocado los cascos e iba escuchando música.

Hernán cerró los ojos. No tenía sueño. Disfrutaba de aquel momento de placidez.

Aprovecharía para poner en orden sus pensamientos.

Recordaba perfectamente la visión, sueño, o lo que hubiera sido, de aquella monja en esa habitación con el que debía ser Clemente Brentano. ¿Se estaría metiendo tanto en la lectura de aquel libro, hasta el punto de sugestionarse en sueños? Podía ser..., pero entonces, —¿qué pintaba aquel rosario tosco de madera que había encontrado en su cama y había guardado en la maleta?

—¿Sería también un *oopart*? —¿como había sugerido Luis Alberdi el día anterior?

—¿Y el mensaje?

—¡Cuenta la verdad!

—¿Qué verdad?

—¿A quién?

Cecilia se quitó los cascos miró por la ventanilla y se giró hacia Hernán.

—Esas nubes son como las del otro día. ¿Por qué las señalaste? ¿Qué tienen de especial?

—Pues... para empezar que no son nubes, o al menos, en el sentido estricto del término.

—Aaaah... ¡ya! ...entonces, ¿qué son?

—Estelas químicas de condensación, también llamadas *chemtrails*. En internet hay abundante literatura sobre el tema. Una gran parte es desinformación. Intoxicación informativa para desacreditar el hecho, vamos...

—Y ¿de dónde salen? —preguntó interesada al ver a Hernán más despejado.
—¡Ah!, y ¿por qué hay que desacreditar el hecho?

—Verás —Hernán se armó de paciencia. Había que contarlos bien.

—Muchos aviones cuando vuelan dejan una estela. Lo habrás visto muchas veces ¿verdad?

—Claro —dijo Cecilia sin pestañear.

—Esas estelas se llaman *contrails*, acrónimo de *condensation-trails*, o lo que es lo mismo estelas de condensación, las cuales desaparecen en poco tiempo.

—Basado en ese término alguien acuñó *chem-trail*, es decir, *chemical-trail* o estela química, las cuales duran más.

—¿Por qué se comienza a usar el término *chemtrail*, te estarás preguntando?

—Así es —afirmó Cecilia.

—Pues porque distintos observadores, en diferentes puntos del mundo, se dieron cuenta de que algunos aviones dejaban estelas persistentes en los cielos.

—Además de ser persistentes, —muchas veces duran horas, —es frecuente que diferentes aviones, sobrevuelen una misma zona y formen como tableros de ajedrez en el cielo...

—¡Eso lo he visto..., pero no sabía lo que era! —observó Cecilia.

—¿Y para qué lo hacen? —preguntó.

—Hay diferentes teorías, sin embargo antes de contártelas te hablaré de las evidencias.